

natural, al hombre *viejo*, con las tendencias malas que el Bautismo no arrancó de raíz de nuestra alma: es la *triple concupiscencia*, que traemos heredada de nuestros primeros padres, esa tendencia habitual de apetito desordenado de los placeres sensuales, de la propia excelencia y de los bienes de la tierra, todo ello intensificado por la perniciosa influencia del mundo y del demonio.

Estos dos hombres que llevamos dentro de nosotros mismos, necesariamente han de estar en continuo conflicto: la *carne*, o sea el viejo hombre, desea y busca el placer sin ocuparse de su moralidad; el *espíritu*, o sea el hombre nuevo, le sale al paso, recordándole que hay placeres prohibidos y peligrosos, de los cuales es un deber abstenerse; mas, como la carne, el hombre viejo, persiste en sus malos deseos, el espíritu, el hombre nuevo, ayudado de la gracia, se ve en la necesidad de mortificar aquélla para dominarla. El cristiano es, pues, un *soldado*, un *atleta*, que pelea para conseguir una corona inmortal, y pelea durante toda su vida hasta el último momento de ella (6).

Sí; no hay que olvidarlo, nuestra *lucha* ha de ser *constante* y *perpetua*. Porque, aun suponiendo que hagamos generosos esfuerzos, no podremos deshacernos completamente del «viejo hombre»; lograremos, sin embargo, debilitarlo, encadenarlo, y al mismo tiempo fortalecer al «hombre nuevo» contra sus ataques. Al principio, la lucha es más dura, más encarnizada, y las acometidas del enemigo son más frecuentes, más violentas. Pero, a medida que, por medio de enérgicos y constantes esfuerzos, conseguimos victorias, nuestro enemigo se debilita, las pasiones se calman, y, excepto en ciertos momentos de

prueba permitidos por Dios para darnos ocasión de lograr mayores méritos y más alta perfección, disfrutamos de dulce paz y quietud, aunque siempre relativa, presagio de la felicidad eterna del cielo. Sin duda que nuestro éxito es debido principalmente al auxilio de la divina gracia. Y es menester recordar siempre que las gracias que Dios nos da son gracias de combate, no de reposo, pues eso se queda para premio y galardón de la otra vida; en ésta somos luchadores, atletas, ascetas, y, como otro San Pablo, tenemos que luchar hasta el fin para merecer la corona: «He combatido, dice el Apóstol, un buen combate, he concluído felizmente la carrera, he guardado la fe. Quédame ahora aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor» (7).

Hemos expuesto aquí en síntesis general la labor del cristiano en su vida espiritual, la parte que el hombre tiene en su propia santificación. En los artículos siguientes trataremos más en particular de asunto tan importante.

(1) *Unusquisque autem propriam mercedem accipiet secundum suum laborem* (I Cor., III, 8).

(2) *Terra enim saepe venientem super se bibens imbrem et generans herbam opportunam illis a quibus colitur, accipit benedictionem a Deo; proferens autem spinas ac tribulos, reproba est et maledicto proxima* (Hebr., VI, 7-8).

(3) *Adjuvantes autem exhortamur ne in vacuum gratiam Dei recipiatis* (II Cor., VI, 1).

(4) Joan., X, 10.

(5) *Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus* (Gal., II, 20).

(6) San Pablo, en sus Epístolas, nos habla del «buen soldado de Cristo» (II Tim., 1-7) y también describe su «armadura» (Ephes., VI, 10-18).

(7) *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae quam reddet mihi Dominus* (II Tim., IV, 7-8).